

We approach to the educative mission of the radio through the experience of a very reputable radio professional. All the details offered by Fernando Delgado are part of his own biography. Along his speech this author dealt with subjects such as the task of the radio in the history of our recent society, the use of different resources, the arrival of new technologies and the primacy of the voice. For some minutes we had the opportunity to travel back in time and become the audience or the protagonists of his own experiences.

AUTOBIOGRAPHY ON THE RADIO

AUTOBIOGRAPHIE DE LA RADIO

Nous approchons la mission éducative de la radio à travers l'expérience d'un professionnel radiophonique prestigieux. Tous les enseignements que nous apporte Fernando Delgado sont basés sur sa propre biographie. Le travail de la radio dans l'histoire récente de notre société, l'utilisation des différentes ressources, l'arrivée de nouvelles technologies et l'importance de la voix sont, entre autres, les thèmes que l'auteur nous invite à réviser tout en dirigeant notre regard vers le passé dont nous sommes, pour l'instant, spectateurs ou protagonistes.

AUTOBIOGRAFÍA DESDE LA RADIO

Fernando Delgado¹

Nos acercamos a la misión educadora de la radio a través de la experiencia de un profesional radiofónico de prestigio. Todas las pistas que pone ante nosotros Fernando Delgado están hilvanadas en su propia biografía. La labor de la radio en la historia reciente de nuestra sociedad, el uso de los diferentes recursos, la llegada de nuevas tecnologías y la primacía de la voz son algunos de los temas que el autor nos invita a repasar a la vez que lleva nuestra mirada hacia un pasado que, por inmediato, nos tuvo de espectadores o protagonistas.

Hace unos cuantos veranos, tuve la ocasión de compartir con unos jóvenes canarios unas horas de juego y reflexión sobre literatura y periodismo – con la radio por medio, naturalmente – en la isla de *La Gomera*. Y una de las sorpresas de aquel encuentro universitario la protagonizó un alumno de cuya dedicación en la vida sólo supimos más tarde, cuando él mismo anunció que al día siguiente llegaría con retraso a clase. Sobre todo cuando dijo por qué llegaría con retraso: no tenía quién le ordeñara las cabras y se iba al sur de *Tenerife* a cumplir ese trámite para volver después, en el mismo día, a la actividad de aquella

Universidad de Verano de La Gomera en la que estábamos.

Un cabrero en las aulas y un curso de toponimia

Su aspecto no sólo era parecido al de cualquier universitario, sino más atildado incluso, y su preparación intelectual y sus dotes para la escritura eran destacadas entre el alumnado con gran ventaja. Un cabrero, pues, en las aulas. Nos contó, además, con mucho detalle, cómo no sólo deseaba hacer compatible el estudio con el ganado, sino de qué manera se aferraba a su condi-

Lección inaugural

ción de cabrero en el campo tinerfeño de Granadilla como un modo de ver el mundo y ser fiel a una tradición, cuyos rasgos literarios, sobre todo orales, perseguía.

Quien, como yo, por razones familiares, ha conocido las carencias de zonas de Canarias, sometidas antaño a la miseria, como el sur tinerfeño y la propia isla de *La Gomera* en la que nos encontrábamos, aquel descubrimiento supuso algo más que una anécdota y la convicción de que, a pesar de todos los abusos y los pleitos, *Canarias* ha vivido una real transformación. El cabrero estudioso era de *San Isidro*, el mismo barrio granadillero en el que mi madre, casi analfabeta, tenía que buscarse en su niñez el transporte para conseguir acudir a la escuela de vez en cuando. Comprenderán con qué emoción contemplaba yo este cambio, no sólo en la manera de ver el mundo por medio de la educación, sino en la nueva realidad de las comunicaciones. De qué modo me impresionó esta eliminación de las distancias físicas, intelectuales y espirituales que se había producido en las breves y tantas veces largas, sin embargo, distancias insulares.

Así que, a pesar de nuestras legítimas exigencias para que todo llegue a ser mejor, es preciso reconocer que

A pesar de todos los abusos y los pleitos, Canarias ha vivido una real transformación

con el concurso de todos se ha conseguido que este sea, sin duda, el mejor momento histórico de las *Islas Canarias*.

Uno de esos aspectos de avance y de progreso ha sido, sin duda, la alfabetización y la educación de nuestra gente. Y sobra resaltar aquí, entre quienes lo saben muy bien, el importantísimo papel que *Radio ECCA* ha cumplido en esa nueva realidad. Por supuesto, con su trabajo de enseñanzas regladas y sus eficaces métodos de formación en los que la radio ha sido, desde 1965, el aula amplia donde todo el mundo ha tenido cabida y el aula acogedora en la que los necesitados del conocimiento lo hallaron. La radio aparece como instrumento de servicio, que lo es tanto o más que de comunicación. Pero también la radio ha sido, con *ECCA*, un instrumento de participación y, por lo tanto, de encuentro, de diálogo, en un mundo cada vez más intercomunicado.

Es enormemente meritoria la tarea alfabetizadora de *ECCA*, hace ahora cuarenta años. En medio de un erial educativo, encontró un buen campo de experimentación en una sociedad deprimida como la nuestra. Se trata de una experiencia que *ECCA* ha podido extender más tarde. Pero no ha sido me-

Cada vez es más complicado pensar por nuestra cuenta en esta Sociedad de la Comunicación

nos meritoria la capacidad de evolución y de adaptación a las necesidades y a los cambios del tiempo que el proyecto de los jesuitas ha sabido satisfacer.

Cuando se nombra *ECCA* como «radio cultural y de servicio», uno valora el hecho de que, habiendo usado prodigiosamente la radio como instrumento de vida, *ECCA* haya conseguido poner a disposición de la gente útiles de trabajo, conocimientos prácticos para ganarse la vida. Pero en una sociedad como esta, con los valores del humanismo muchas veces en crisis, también *ECCA* ha conseguido alimentar una educación como la del joven cabrero, que alterna el pastoreo con el gozo del conocimiento y con el disfrute de la buena convivencia. Es preciso todo esto en la sociedad del ruido y de la prisa.

Decía mi querido maestro, el profesor *Emilio Lledó*, que cada vez es más complicado pensar por nuestra cuenta en esta *Sociedad de la Comunicación*, a la que - por eso mismo- reconozco a veces como «sociedad de la incomunicación». Tal vez por esta dificultad para pensar y para transmitir lo que pensamos, rechace a veces *Emilio Lledó* con ironía que lo presenten como filó-

sofo, ante el temor de parecer una especie en desuso. Pero una sociedad sin pensadores, que toma por anacronismo la filosofía, quizá sea una sociedad preparada para consumirse en su propio limbo, para convertir los instrumentos de progreso en instrumentos de propia aniquilación. La autoafirmación, tan necesaria al individuo, se niega en la pobreza de su lenguaje o en la perversión de los signos con los que se entiende, cuando no en el olvido de los símbolos con los que se explica.

Hará ahora dos años, contaba yo, en los periódicos y en la radio, cómo andaba en esos días la coordinadora de los cursos de una universidad de verano buscando como una loca el décimo alumno que le faltaba para que pudiera celebrarse un curso sobre toponimia. Le sobraban aprendices de informática, de economía acelerada, de derecho comunitario, de materiales de construcción y hasta de periodismo. Los becarios de derecho comunitario aspiraban a ser burócratas de la *Unión Europea*, tan bien remunerados como exige la moderna y a la vez anquilosada y confusa burocracia europea, y los de periodismo soñaban con ser famosos charlatanes

Lección inaugural

más que ilustrados reporteros de nada. Pero lo que es la toponimia no ganaba adeptos, con lo cual era posible que el curso, para cuya realización se requerían al menos diez alumnos, llegara a suspenderse. Los más prudentes preguntaban para qué servía eso, qué utilidad ofrecía para un empleo, cómo se puede perder el tiempo en las curiosidades que ofrece hurgar en el nombre de los lugares y entender a través de ellos pueblos y culturas. Los más desvergonzados se reían de la toponimia por antigua y, con lo divertidas que deben de ser las universidades de verano para ellos, no se explicaban cómo programaban esos cursos sin ninguna utilidad práctica a primera vista. El alumno no encontrado y el curso perdido no era una anécdota: el placer del conocimiento, la aventura de la curiosidad intelectual, la comprensión de los individuos y los pueblos, la fascinación por la palabra han pasado a ser «mariconadas» para quienes sólo esperan de la Universidad respuestas tecnológicas, manuales prácticos para competir. Se busca, así, una Universi-

El desprestigio de la reflexión frente a la cháchara define a esta sociedad utilitaria y falsamente pragmática como a un conjunto de individuos que, en buena medida, han renunciado a la necesidad de reconocerse en su verdadera identidad

dad que no toque el corazón de los pueblos, sino que dé herramientas de trabajo bien remunerado. El desprestigio de la reflexión en esta *Sociedad de la Comunicación* frente a la cháchara define a esta sociedad utilitaria y falsamente pragmática como a un conjunto de individuos que en buena parte han renunciado no sólo al placer de saber por saber, sin ánimo de lucro, sino a la necesidad de reconocerse en su verdadera identidad.

Pero para ser libres es necesario estar emancipados. A esta emancipación, por medio de la educación y de la cultura, ha contribuido de modo tan notable *Radio ECCA* que los canarios podemos y debemos tenerla más que como una emisora como una verdadera institución nuestra. Pero, además, en esta tierra de islas, donde a las fragmentaciones naturales e insalvables de la geografía se unen tantas veces los intentos disgregadores y los pleitos y confrontaciones, *ECCA* ha sabido ser también un instrumento para salvar las distancias entre personas y entre grupos, entre clases

sociales y entre sectores diversos. Salvar las distancias, esa es la clave. Salvar las distancias en unos territorios donde podría parecer que no las hay - y las hay más - no es algo que se resuelva sólo por medio de infraestructuras y de transportes, sino a través de la educación y del entendimiento. Y me alegro de que la radio, tan esencial en mi vida, haya podido ser así, entre nosotros, un mágico Samborondón. Y si lo ha sido entre nosotros, los canarios, también lo ha sido luego, en su proyección internacional, con África y América como objetivos, para los demás y para nosotros en nuestra relación con el mundo.

El micrófono, la radiogramola y un padre jesuita

Pero la radio, un instrumento modesto, cada vez más asequible en la evolución de la tecnología, con un transistor a mano para el pastor y para el intelectual, es más que un instrumento eficaz. Es también una caja de resonancias del corazón, que hay que llenar de pálpitos para que sea un espacio confortable para el espíritu. Y pensando en esto estaba cuando decidí que esta intervención

mía de hoy no fuera la de un pretencioso que tratara de explicar a los buenos maestros de ECCA lo que educar por la radio significa. Decidí, por tanto, que esta intervención no fuera la de un colega, que también lo soy – maestro por unos años y sensible a los sacrificios y a la dedicación del magisterio –, sino la de un profesional de la radio, que ha dedicado buena parte de su vida al medio, para homenajear a la radio al cumplirse 40 años de Radio ECCA.

Porque si en la radio es importante hablar, y hacerlo con rigor, es asimismo importante saber escuchar, y hacerlo con la mejor sensibilidad posible. Quiero decir con esto que un profesional de la radio debe ser, ante todo, un buen oyente. La biografía de la radio, pues, es la biografía de su oyente, siempre alumno, sea cual sea la condición del oyente. En mi caso, que es el que modestamente expongo ante ustedes, a falta de mayor pericia en otras cátedras, he de admitir que la existencia de una infancia radiofónica como la mía fue lo que me condujo a trabajar en la radio. Lo de profesional me suena siempre a funcionario, aunque tengo al funcionario por noble servidor público. Pero cualquier re-

Porque si en la radio es importante hablar, y hacerlo con rigor, es asimismo importante saber escuchar, y hacerlo con la mejor sensibilidad posible

Lección inaugural

paso en la memoria a mi encuentro con la Radio me ha de conducir inevitablemente a aquel momento en el que me regalan un micrófono (creo que de los que llamaban de carbón, porque funcionaba además de con electricidad con pilas, quizá sería hoy una pieza museal) y lo conecté al enchufe destinado al tocadiscos en la radiogramola familiar. Así, pues, yo hablaba desde una habitación y mis peroratas podían escucharse en el resto de la casa a través del altavoz de la radio.

No podría confirmar ahora si aquel arrebató precoz de radiofonista vino de mi fascinación por la Radio o de mi condición de alegador, que es una característica de los tímidos para sobrevivir. En todo caso, mis profesores y mis condiscípulos en el colegio tinerfeño guardan buena memoria de mi tendencia a la oratoria, y digo buena porque no lo han olvidado, aunque convendría decir que también guardan el recuerdo terrorífico de la verborrea imparable

No podría confirmar ahora si aquel arrebató precoz de radiofonista vino de mi fascinación por la radio o de mi condición de alegador, que es una característica de los tímidos para sobrevivir

que más de una vez me llevó a ser expulsado de clase. En todo caso, es de suponer que en mi camino por la Radio quedara atrás mi vocación predicadora porque, de no ser así, habría de reconocer mi fracaso: no hay, a mi entender, mayor enemigo de la radio que un predicador; aunque el éxito de algunos predicadores contemporáneos, y hablo de predicadores civiles, pudieran darnos a entender que son consustanciales al medio.

Pero, si afinó más la memoria, he de atribuir precisamente a un jesuita, el padre *Guillermo García*, que fue mi profesor de Latín y Griego, y al que yo admiraba por sus saberes literarios, el contagio del interés por la Radio. Él poseía un pequeño estudio en el que realizaba por su cuenta unos espacios de contenido religioso y entregaba después la grabación a la radio local. Asistir en silencio a aquel acto radiofónico, en el que el sacerdote no sólo hablaba sino que se empleaba como una especie de pionero autocontrol, era para mí un momento mágico. Oír después en la radio aquellas mismas palabras reproducía una emoción parecida. He de pensar, pues, que el mimetismo propio de los niños por efectos de la admiración hacia un adulto que se impone como paradigma tuvo algo que ver, no sólo en mi gusto por la literatura - en la biblioteca de los jesuitas de *Tenerife*, en la parroquia de la Concepción de

Santa Cruz, descubrí lo mismo a *Galdós* que a *san Agustín* -, sino también en mi devoción por la Radio.

Pena, penita, pena

Pero ser un niño de los cincuenta en *España* suponía tener la memoria poblada de sonidos: la radio era el altavoz de todos ellos. Tal vez, por eso, aquellos viejos receptores aparatosos, que tenían lugar preferente en las reuniones de familia, aparecen hoy como cofres de nuestra sentimentalidad. Al verlos ahora, al recordarlos, revivimos las músicas que desprendían y, al oír a las tonadilleras cantando la España de pandereta de aquel tiempo, oímos con ellas a las madres o a las muchachas de servicio que se unían a las voces de la radio y dejaban oír sus canturreos por los patios. No sé si era un modo de distraer la tristeza, pero todo el mundo cantaba entonces, ajeno al ridículo, y la radio, que no se abría a otras cosas, se llenaba en un tiempo de silencio de concursos de voces que estimulaban las jóvenes y las viejas vocaciones de cantaoras.

Tuvo que venir la democracia para que la radio se abriera por el teléfono a los oyentes y conociéramos de veras su capacidad de participación. Sin embargo, aquel modo de seguirla, cantando con ella, en los tiempos en que el teléfono era todavía un privilegio de unos cuantos y la

Aquel modo de seguir la radio, cantando con ella, en los tiempos en que el teléfono era todavía un privilegio de unos cuantos y la palabra pública el derecho exclusivo de los que mandaban, supuso, a su modo y con sus carencias, un anticipo de la radio participativa de los años de la libertad

palabra pública el derecho exclusivo de los que mandaban, supuso, a su modo y con sus carencias, un anticipo de la radio participativa de los años de la libertad. Y entre esas anticipaciones, por su especial cometido, estaba esta meritoria Radio ECCA de los tiempos fundacionales de otro jesuita de la radio: el andaluz padre *Villén*.

Es seguro que cada uno recordará ahora una canción distinta si se le remite a la evocación de aquella época: «Pena, penita, pena», cantada por *Lola Flores*, resuena en el patio de mi memoria y casi se funde con la sintonía triunfal del parte de Radio Nacional que difundían por obligación todas las emisoras. Lejos estaba de intuir entonces que un día llegaría a dar noticias yo mismo en *Radio Nacional* con la exacta y grave formalidad de los locutores de la

Habría de tocarme hacer con otros una radio -*Radio Exterior*- que pudiera suponer, para los que nos escuchaban en países sin libertad, la esperanza de que el mundo y la vida eran otra cosa en otros lugares

época. Y, al sintonizar en la más oculta habitación de mi casa, casi como un rito, *Radio Pirenaica* o la *BBC* - esta vez la radio abriéndonos los ojos que la propaganda interior se empeñaba en cerrarnos-, estaba muy lejos de presentir que, con el paso de los días, habría de tocarme la tarea de hacer con otros una radio española - *Radio Exterior* - que pudiera suponer, para los que nos escuchaban en países sin libertad, la esperanza de que el mundo y la vida eran otra cosa en otros lugares, que es también una tarea a la que con el tiempo ha llegado *Radio ECCA* en su evolución.

Pero, como se ve, nuestra sentimentalidad no podía escapar a los ardidés de una *España* en la que el falso folclore era un instrumento de un patriotismo también impostado. Tampoco la emoción del fútbol escapaba al protagonismo de la radio y si entonces vivíamos la tensión

de los goles en el grito colectivo de los reunidos junto a la radio. La cantinela de la transmisión deportiva o del relato futbolístico de las tardes de los domingos quedó asociada para siempre a la melancolía de una tarde que anunciaba el final del breve ocio y nos empujaba al retorno rutinario al colegio en la mañana del lunes. Aún hoy, la retórica de la crónica deportiva, su música exaltada y monótona, me devuelve a aquellas tardes en las que la vida parecía detenerse de un modo provisional en la ya de por sí detenida sociedad provinciana de aquellos tiempos.

Pero la radio daba las órdenes de vida: una tal *señora Francis* inducía al buen comportamiento a través de las consultas que le hacían las solitarias oyentes que hallaban en el medio una alternativa al confesionario parroquial; los elocuentes oradores sagrados ampliaban su púlpito, en el que se mezclaban la aren-

Una tal *señora Francis* inducía al buen comportamiento a través de consultas que le hacían las solitarias oyentes que hallaban en el medio una alternativa al confesionario

ga patriótica con las amenazas del infierno, en las solemnes novenas que transmitían o en la misa de doce y el rosario que congregaba a las abuelas junto a un receptor convertido en improvisada capilla casera; el Régimen recordaba las bondades del *Caudillo* y la eficacia de su obra y el himno nacional abría y cerraba las emisiones al grito de «Viva Franco, Arriba España». También ejecutaba la radio las órdenes de recogimiento en aquellas semanas santas en las que la música religiosa nos imponía un obligado y silencioso retiro y la prohibición de cantar era obedecida en las casas. Y no había onomástica o cumpleaños que fuera tal si a la tarta con velas no acompañaba la dedicatoria de un cuento o una canción infantil en la emisora local, si no oías tu nombre en la radio, acompañado de la expresión de cariño de los tuyos. Ni la muerte escapaba a la radio: muy menesteroso tenía que ser el difunto que no mereciera su esquela con el detallado recuento de familiares que suplicaban una oración por su alma y la asistencia al sepelio.

Pero ya he dicho que el recuerdo de mi infancia es un recuerdo poblado de sonidos y, hurgando en ese baúl

de los sonidos, apenas consigo reconstruir las notas de un programa infantil de la tarde de los jueves en *Radio Club Tenerife*: el tío *Pepote* nos dedicaba canciones y cuentos a los niños y lanzaba al final una flecha con caramelos que llegaban cada semana a casa y que nos los

encontrábamos, una vez concluido el programa, detrás del aparato de radio. Otro ejemplo de radio participativa que necesariamente ha vinculado a este medio la infancia de quienes vivíamos esa particular ilusión todos los jueves. Sin embargo, el hecho de que aquella fuera la radio de nuestra infancia no quiere decir que fuera una radio niña, ni si-

quiera una radio joven en los tiempos en que una vitalísima radio operaba en toda Europa: era la vieja radio de nuestra infancia que repartía ilusiones de abuela. Esta ilusión del programa infantil, como la de los *Reyes Magos*, se desvanecía el día en que nos llegaba un rumor de que también el tío *Pepote* eran nuestros padres y, al conseguir asomarnos a la trasera del receptor antes de que los caramelos salieran de la flecha de aquel mago de voz engolada, como eran entonces casi todas las voces de la radio, descubríamos allí

Esta ilusión del programa infantil, como los Reyes Magos, se desvanecía el día en que nos llegaba un rumor de que también el tío Pepote eran nuestros padres

Lección inaugural

con anticipación los caramelos. Los niños de mi época, en estas islas, adonde algunos suponen que casi todo llega al menos sólo una hora más tarde, fuimos unos niños sin televisión. Es fácil entender que no sólo nuestros sueños de infancia viajaran del tebeo, que aquí llamábamos el *colorín*, o del cine de nuestros matines, a la radio; sino que, además, nuestro entorno todo se evadiera de la grisura ambiental buscando en la radio la ficción de los enredos inocentes de los culebrones, con los que tenían cita las mujeres de nuestra casa en las tardes de radio.

No hay ningún motivo para sentir nostalgia de aquella radio amordazada, pero un medio tan vivo es una segura víctima en una sociedad sin libertad: nuestra radio lo fue. Su dial se detuvo donde el pulso de su audiencia y nuestro pulso era el que era. Cantó como podíamos cantar y se expresó como podíamos expresarnos. O sea: poco. Es tan nuestra como la música de nuestros guateques porque la música de aquellos guateques fue la suya. Vivió con nosotros y a nuestra manera y por eso nuestra memoria se construyó con ella. Empezó a hablar de veras cuando nos dejaron hablar a los demás o cuando conquistamos nuestro derecho a hablar. Tampoco intuí entonces que me iba a ser dado dirigir un proyecto de radio joven como *Radio 3*, pionero de tantos

atrevimientos posteriores de una radio madura que ha sido, paradójicamente, más joven que cuando no tenía edad. Ahora, la radio española es una de las más vigorosas radios de *Europa* y no sé si eso quiere decir que la sociedad española está a su altura, ni si ella está a la altura de la moderna sociedad española. En cualquier caso, el camino que siguió desde sus tiempos de espectáculos de variedades cara al público a este de rigurosa informadora, con sus luces y sus sombras, como las nuestras, es un largo camino que requiere otro repaso a su sentimentalidad y a la de sus oyentes. Al fin y al cabo, una misma educación sentimental.

La voz radiofónica y el acento

Pero, a pesar de la presencia de la Radio en la sentimentalidad de la sociedad en la que se desarrolló mi infancia, no he sido proclive a atribuir a eso mi vocación, mi destino, o como quieran llamar ustedes a la azarosa aunque imbatible manera de vincular mi vida al medio. Y digo imbatible porque, en los cortos periodos de mi vida en que sin abandonarla del todo he pensado que me despedía de ella, la Radio ha vuelto a reclamarme y a proporcionarme satisfacciones o desasosiegos, según los casos, con lo cual he llegado a la conclusión de que, si nada

Por lo que a la voz se refiere, tan fundamental en la radio de entonces como al parecer secundaria en la más moderna radio española, nunca le di especial valor

lo remedia, nuestro matrimonio va a mantenerse hasta la muerte.

Pero lo que ni el jesuita maestro de mi infancia de radio, ni yo mismo, teníamos previsto es que la edad me trajera una voz que los demás iban a tener por radiofónica; aunque alguna vez he llegado a pensar que las voces también se buscan, se trabajan y, al fin, se educan. Fuera lo que fuere, que no viene al caso discutirlo si no es en una conferencia al efecto, un buen día acudí a *Radio Juventud de Canarias* con el fin de participar en un programa del colegio y fue allí donde alguien detectó en mi voz, recién estrenada como quien dice, condiciones propias para dedicarme a la Radio. Si no recuerdo aquel momento como especialmente jubiloso es seguramente por dos razones: la primera, que estaba tan seguro de tener una voz idónea que no me resultó muy halagador que digamos el reconocimiento obvio. Y la segunda, que ya por aquel entonces me fascinaba tanto la escritura, todo lo escrito, la emoción del papel, que hubiera preferido que alguien me dijera que lo mío era el periódico y no la Radio.

Por lo que a la voz se refiere, tan fundamental en la radio de entonces como al parecer secundaria en la más moderna radio española, nunca le di especial valor. En los flirteos y en las relaciones amorosas siempre llegaba un momento en que me preguntaban, en pleno arrebatado amoroso, ¿nadie te ha dicho una cosa? Yo respondía: ¿Qué, la voz? Y cuando me replicaban que sí, quedaba decepcionado. Siempre esperaba que descubrieran otra cosa. En la Radio, como oyente, siempre espero lo mismo de los otros: ese algo más detrás de la voz. Por lo que tiene que ver con la prensa escrita, debo ser sincero con ustedes: la he preferido siempre a cualquier otro medio. Sería muy prolijo si trato de explicar las razones de esa preferencia, por eso quizá he dicho muchas veces que lo que me sucede en relación con ese gusto tiene que ver con mi condición de hombre antiguo: prefiero también las tiendas de ultramarinos a los supermercados, el tren al avión y el fogón a la cocina eléctrica.

Quizá deba reconocer que esa indiferencia inicial ante el hecho de tener una voz bien dotada para la Ra-

Lección inaugural

dio, o la relativa indiferencia inicial frente a la Radio misma en relación con el periódico, me permitió hacerme querer por ella al reconocermé esquivo: siempre me he sentido más querido por la Radio que apasionado por ella; por eso, también he llegado a la conclusión, tal vez errónea, de que si sales a la calle a buscar el amor no lo encuentras y cuando viene y se instala esperas que no te abandone. De todos modos, estimo que la Radio consiguió seducirme sin que yo lo esperara. Creo que es este un medio en el que es imposible permanecer, y mucho menos crecer, pasivamente.

No quiero que esto sea solo el relato de la Radio de mi vida, aunque sólo de eso podrían desprenderse, y espero que se desprendan, otras cosas. Debo retomar algo que dije respecto de la voz en la Radio de mi juventud. Dije que era importante la voz como no parece serlo ahora y debo confesar que lamento lo que ahora sucede. Y no ya porque me encuentre en posesión de una voz que, a estas alturas, por culpa del tabaco, la edad y el poco cuidado que le presto, es ya muy otra, o porque, además, en largos periodos de

Lo que sucedió en nuestra Radio es que, con frecuencia, la voz vacua se impuso a la palabra, la voz sin contenido sirvió a la retórica, la voz fatua fue un fin en sí misma

mi vida radiofónica me haya apartado voluntariamente del micrófono para asumir otras tareas; sino porque, si la palabra es el instrumento esencial del medio (la palabra por sí misma -el uso de la palabra exacta, justa, dentro de un sistema coloquial- nos llevaría a otra conferencia) la voz es el vehículo de esa palabra y le sirve con tanta más eficacia

cuanto más adecuado sea su brillo -no el que oculta la palabra sino el que la resalta, no el que distancia la palabra sino el que la hace más cercana- y cuanto más propio le sea su ritmo más penetra en el oyente y consigue su complicidad.

Lo que sucedió en nuestra Radio es que, con frecuencia, la voz vacua se impuso a la palabra, la voz sin contenido sirvió a la retórica, la voz fatua fue un fin en sí misma. Si se añade a eso la posterior asociación de las mejores voces de la Radio del franquismo al NODO -tener voz de NODO-, se comprenderá el modo en que se asoció aquí una buena voz a la Radio del pasado y se dio paso a voces estrepitosas o al *amateurismo* ininteligible como expresión propia de la nueva Radio. Pasear por *Europa* en los años posteriores a

nuestra transición política y oír las voces de la radio alemana, inglesa, francesa o, sin ir más lejos, la portuguesa, voces bien timbradas, rítmicas, cálidas, convincentes, nos obligaba a tratar de explicarnos nuestro proceso: ese camino en el que se olvidaron las formas del medio, como rechazo a la preponderancia de las formas, para revitalizar los contenidos con una espontaneidad de la que la radio carecía y, afortunadamente, hoy tiene.

Otro tanto ha venido a pasar con los acentos regionales. Remontaré mi memoria personal para explicarlo: cuando fui a hacer aquel programa del colegio y me invitaron a quedarme en la Radio, a lo visto para siempre, hube de hacer un cursillo cuyo principal objetivo consistía en eliminar de los alumnos, canarios como éramos, todo resquicio de acento insular. Pasé duras pruebas leyendo en voz alta con un lápiz en la boca para pronunciar la ce y la zeta, tratando de aproximarme al acento clónico, a las dicciones envaradas de los peninsulares. En la Radio de la *España Una, Grande y Libre*, no se admitía la pluralidad de acentos. Pasé pues por los tormentos que siempre asocio al día de

la *Ascensión*. Y explicaré por qué: cuando llegaba tal fecha, en aquella Radio, donde también se ofrecían discos dedicados, teníamos que repetir con frecuencia el nombre de Ascensión, uniendo la ese y la ce, que para nosotros suponía un esfuerzo extraordinario: «A doña Ascensión Rodríguez Marín, de su hijo Manuel, felicitándola por su santo».

Pero ni tanto ni tan calvos : hoy, en la radio canaria, más que recuperar el acento, que forma parte de nuestras señas de identidad, se ha recuperado el más chabacano de los lenguajes de la calle y la impropiedad lingüística más que los giros dialectales de nuestro castellano. Y este ejemplo es válido también para otras autonomías en las que, creyendo ser fieles a su propia expresión diferencial, se reclaman los aspectos más negativamente folclóricos de sus lenguas y el costumbrismo más nefando.

Sin embargo, el primer ejemplo de admisión por el sistema de nuestro acento peculiar se dio en *TVE* con la aparición en los telediarios de una canaria, *Cristina García Ramos*. Pero los que ya habíamos sido educados en la obediencia debida al

Hoy, en la radio canaria, más que recuperar el acento, que forma parte de nuestras señas de identidad, se ha recuperado el más chabacano de los lenguajes

Lección inaugural

acento único no podríamos cambiarlo ante un micrófono. Así pues, una vez entré en *Radio Nacional* por oposición, fui requerido para intervenir en la inauguración del centro emisor de *Noblejas* en sus emisiones para *América*. Lo que se quería de mí era que hablara en canario con un histórico locutor peninsular, *Ángel Fernández Conde*, para garantizar a la audiencia de allá un acento cercano a los plurales acentos de América. Ya era tarde: mi confusión de «eses» y «ces» ante un micrófono lo hacía imposible. Recuerdo que un buen día, trabajando ya en *Madrid*, solicité de mí la *Cervecera de Canarias* que pusiera mi voz a un spot publicitario. Resultó imposible: cualquier peninsular hubiera parodiado mejor la voz que se necesitaba. Y hasta en el ámbito de la literatura me trajo alguna vez algún in-

La radio estuvo tan controlada por el *franquismo* y tan trivializada por el *Régimen* que era imposible, desde una posición intelectual crítica, no sentirse acomplejado por trabajar en ella con las contradicciones que generaba el propio sistema político

conveniente la impuesta conversión del acento: en los momentos de mayor euforia independentista en *Canarias*, en los congresos literarios de las Islas, traté de ser condescendiente y presentar mis ponencias con mi acento de origen: tampoco lo conseguí. Durante algún tiempo pedía disculpas por ello, ahora no. Cada cual habla como quiere y puede. Yo soy hijo de estas islas, pero también de aquellas circunstancias históricas, vividas para bien y para mal. En el balance positivo he de decir que, posiblemente, no hubiera hecho las mismas cosas que he hecho sin esa capacidad de adaptación a un acento más común, y nada más ajeno a mi estilo que presentarme como una víctima de lo que no he sido.

Sin embargo, la Radio estuvo tan controlada por el *franquismo* y tan trivializada por el *Régimen* que era imposible, desde una posición intelectual crítica, no sentirse acomplejado por trabajar en ella con las contradicciones que generaba el propio sistema político. De un lado, uno podía expresar su disidencia -hablo del *tardofranquismo*- en el seno de las redacciones, sin mayores consecuencias; pero en momentos cruciales - el asesinato de *Carrero Blanco*, por ejemplo- podía uno sentir cómo aquellos mismos que te reían las gracias de progre comentaban entre sí que los enemigos los tenían dentro, sembrando el miedo.

Y de otro lado, en mi caso, comprobaba cómo los intelectuales amigos podían ser más comprensivos con los medios escritos del sistema que con la Radio. Me ocurrió, por ejemplo, con *Rafael Alberti*. El día en que nos encontramos en *Roma* por primera vez, viviendo *Franco*, estaba orgulloso de que *Comisiones Obreras*, oculta naturalmente, hubiera ganado las elecciones sindicales en el diario «Arriba», pero ignoraba el valor de quienes en la radio española esperaban su hora. Y, si no hubiera sido porque en la radio española había ya un fermento de jóvenes demócratas que esperaban su hora, quizá la adaptación del medio a la nueva realidad hubiera sido más indecisa y torpe. Por el contrario, fue audaz, renovadora, capaz de ir por delante de la realidad política y de devolver a la Radio toda su fuerza participativa, sus condiciones de excelente lugar de encuentro.

La movida y Radio 3

En ese marco, tras la experiencia de *Radio Exterior de España*, a la que aludí al principio, me fue encomendada la dirección de lo que entonces era el *Tercer Programa de Radio Nacional*, donde por cierto se desarrollaba también una radio educativa.

En la experiencia de *Radio Exterior* había vivido el ensayo general de lo

que podría ser una radio democrática - se nos concedían licencias porque el último franquismo se empeñaba en proyectar una imagen exterior más libre. Además, había tenido el conocimiento de las radios europeas y me había permitido analizar en vivo el fracaso de los terceros programas culturales, tan ajenos a la naturaleza del medio, tan encorsetados, tan enlatados, donde de una conferencia se pasaba a un sesudo ensayo en un aburrido discurso inacabable. Para colmo, en nuestro caso, el protagonismo de ese cenáculo de minorías se reducía por lo general a los intelectuales y artistas más o menos afines al *Régimen* o que no le presentaban resistencia. De ahí también el divorcio de nuestra clase intelectual con la Radio, un medio que había empleado en *Alemania*, por ejemplo, la ca-

Si no hubiera sido porque en la radio española había ya un fermento de jóvenes demócratas que esperaban su hora, quizá la adaptación del medio a la nueva realidad hubiera sido más indecisa y torpe. Por el contrario, fue audaz, renovadora, capaz de ir por delante de la realidad política

Lección inaugural

pacidad creativa de un *Bertolt Brecht* o un *Dürrenmatt* para su producción dramática y que había acogido en Francia al propio Alberti, a Vargas Llosa y a buena parte de los creadores de lo que luego sería el «Boom latinoamericano».

Así, pues, nos empeñamos en seguida en involucrar a nuestros intelectuales más disidentes con su opinión y a los radiofonistas más combativos. Se trató de una programación abierta que transformó aquel añoso *Tercer Programa* en la vitalísima *Radio 3*, que ya existía

O, dicho de otro modo, una radio es cultural más por el modo en que se produce, generando ella cultura, que por sus contenidos de campanillas. Debo confesar que aquella *Radio 3* de 1981 fue mi empresa radiofónica más ilusionante y creo que en la evolución de la Radio de los últimos años no ha tenido pequeño papel. Quizá de aquel proyecto se desprenda mi manera de concebir la Radio hoy y tal vez mi manera de hacerla en la actualidad no sea ajena a aquel diseño. Uno de los proyectos que entonces ensayamos tímidamente - y que más tarde,

Uno de los proyectos que entonces ensayamos tímidamente -y que más tarde, ya como director de Radio Nacional, pude desarrollar- fue la recuperación del relato radiofónico

como programa musical aislado, pero no como una emisora totalmente abierta a la participación. Constituyó un esfuerzo de entusiasta movilización democrática, un modelo de Radio que luego ha servido a las radios alternativas para consolidar un espacio abierto, plural, donde lo que un día resultara escandaloso se produjera ahora con normalidad. Se trataba de hacer una radio cultural, sí, pero con un concepto de la cultura que sintonizaba con el espíritu de la movida madrileña: la cultura cotidiana, exenta de solemnidades.

ya como director general de *Radio Nacional*, pude desarrollar - fue la recuperación del relato radiofónico, la renovación de las fórmulas dramáticas de la Radio. Empeñé en ello a *Fernando Fernán Gómez* y su obra «El viaje a ninguna parte» fue antes que novela o película un serial dramático. Pero también participaron en el empeño *Rosa Chacel* y *Francisco Ayala*, *Álvaro Pombo* y *Vázquez Montalbán*, *Francisco Nieva* y *José Antonio Gabriel y Galán*. Tal vez la audiencia iba entonces por otra parte, pero la radio española es posible que tenga pen-

diente esa recuperación de sus capacidades expresivas que no se reducen al debate, al alegato y a la improvisación. Recuerdo que cuando se oyó por primera vez la programación de la nueva *Radio 3* el equipo de dirección de *Radio Nacional* quedó extrañado y me comentó que

pregunta que algunos alumnos se hacían en la *Universidad de Verano de El Escorial*: ¿Por qué la Radio? La Radio porque es algo más que un neutro y rápido transmisor de noticias; la Radio porque es un antídoto para muchos contra la soledad; la Radio porque es un lugar de

Pero la radio, sobre todo, porque cultivando la opinión y la crítica, asomándonos a la realidad por medio de voces diversas, puede crear el espacio necesario de la convivencia

aquella parrilla parecía de onda media. Es curioso: hasta entonces, las pocas opciones de FM que había se dedicaban especialmente a la música. Ignoraban que la mejora de calidad de un soporte nada tenía que ver con las características de una programación y que la concurrencia de opciones en la FM constituiría en seguida la atracción principal de los jóvenes por la Radio.

He pergeñado algunas ideas, tal vez escasas pero espero que útiles, al hilo de mi experiencia más gratificante de la Radio. La memoria me aconseja arrumar los desencantos que se mezclarían después con algunos entusiasmos, sobre todo porque constituirían, otra vez, materia para un ciclo en el que, por ahora, no quisiera emplearme.

Lo que sí quisiera, para terminar, es responder aquí en voz alta a la pre-

encuentro sin moverse; la Radio porque es un cenáculo para la discrepancia; la Radio porque no excluye el divertimento y la distracción, pero tampoco la reflexión. La Radio porque rompe fronteras; la Radio porque cultiva la imaginación; la Radio porque pone en contacto a unos con otros y establece la complicidad, la comunión entre gentes diversas. La radio porque sigue siendo un instrumento útil de servicio y de educación o porque suscita la pasión. Pero la radio, sobre todo, porque cultivando la opinión y la crítica, asomándonos a la realidad por medio de voces diversas, puede crear el espacio necesario de la convivencia en el que desde tu casa entras en diálogo con los otros. En tiempos de mordaza, la radio es anodina; en tiempos de libertad, la radio es un agente de la transigencia. No hay que sentarse jun-

Lección inaugural

to a ella, ni frente a ella. Te acompaña en la intimidad y en el camino, en el duermevela y en la acción, mientras trabajas o cuando descansas; no exige, no se impone, se deja oír. Todo eso puede ser la radio y puede ser el ruido de la protesta legítima lo mismo que el de la algarada sectaria de quienes quieran prostituir este noble y sencillo instrumento de concordia. Las nuevas tecnologías no la han reemplazado, han coadyuvado con ella o la han hecho más necesaria. Desde la radio de galena a la radio digital, lo mismo.

La Radio. Por ejemplo: una radio como esta Radio ECCA en la que todos los canarios nos encontramos, y en cuyos logros, como ha

subrayado el presidente Adán, los ciudadanos tenemos una parte importante. Una radio que cumple 40 años y que, como el joven jesuita que es ahora Director general de la Fundación que la sostiene nos recuerda con gracia, es la cifra de la madurez. Una radio madura a la que tenemos que felicitar, porque a esa madurez se llega, y se llega tan bien como ha llegado ECCA, porque la caja de la radio no sólo tiene pilas en el dial de ECCA, sino las cabezas y los corazones de todos esos hombres y esas mujeres que se empeñan con entusiasmo en que la radio sea un instrumento de concordia y un motor del talento de sus oyentes y, en consecuencia, de la sociedad a la que sirve. Enhorabuena a Radio ECCA, enhorabuena a todos.



Notas

1) *Delgado, Fernando* es periodista. El presente artículo es la transcripción de la lección inaugural del curso 2005-2006 de Radio ECCA.